

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo XXII. Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montefinos, que esta en el Coracon de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1659**

## CAPITULO XXII.

*Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montefinos, que està en el Coraçon de la Mancha, à quièn diò felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.*

GRANDES fuèron, y muchos los regalos que los desposados hizieron à Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado defendiendo su causa; y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refocilò tres dias à costa de los novios, de los quales se supo, que no fuè traça comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, fino industria de Basilio, esperando della el mesmo sucesso que se avia visto. Bien es verdad que confesò, que avia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, ni deven llamar Engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines; y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtièndo, que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, Regozijo, y contento, y mas quando el amante està en possession de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad, y la pobreza: Y que todo esto dezìa con intencion de que se dexasse el Señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe; que aunque le davan fama, no le davan dineros; y que  
aten-

atendièffe à grangeàr haziènda por medios lícitos, è induftriòfos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados. El pobre honràdo (fi es que puede sèr honràdo el pobre) tiene prenda en tenèr muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honràda, cuyo marido es pobre, merèce sèr coronàda con laureles, y palmas de vencimièto, y triunfo. La hermosa por si sola atrae las voluntades de quantos la miran, y conòcen, y como à Señàlo gustòso se le abàten las aguilas reales, y los pàxaros altanèros: Pero si à la tal hermosa se le junta la neceffidàd, y estrechèza, tambien la embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña; y la que està à tantos encuentros firme, bien merece llamàrse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadiò Don Quixote, opinion fuè de no sè que sàbio, que no avia en todo el mundo fino una sola muger buena; y dava por consejo, que cada uno pensàsse, y creyèsse, que aquella sola buena era la fuya, y assi vivirìa contento. Yo no soy casàdo, ni hasta aora me ha venido en pensamièto sèrlo, y con todo esto me atreverìa à dàr consejo al que me lo pidièsse, del modo que avia de buscàr la muger con quièn se quisièsse casàr. Lo primero le aconsejaria, que miràsse mas à la fama, que à la haziènda; porque la buena muger no alcança la buena fama solamènte con ser buena, fino con parecèrlo; que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las defembolturas, y libertades pùblicas, que las maldades secretas. Si tràes buena muger à tu casa, facil cosa serìa conservàrta, y aun mejoràrta en aquella bondàd; pero si la traes mala, en trabajo te pondrà el enmendàrta; que

que no es muy hazedero passàr de un estremo à otro: Yo no digo, que sea imposible, però têngolo por dificultoso.

OÌA todo esto Sancho, y dixo entre si: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, fuèle dezir, que podria yo tomàr un pulpito en las manos, y irme por esse mundo adelante predicando lindezas; y yo digo del, que quando comiènça à enhilar sentencias, y à dár consejos, no solo puede tomàr pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andàrse por essas plaças, à que quières boca? Válate el diablo por Cavallero andante, que tantas cosas sabes: Yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello que tocava à sus Cavallerias; pero no ày cosa donde no pique, y dexé de metèr su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyòle su Señor, y preguntòle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondiò Sancho: solo estàva diziendo entre mi, que quisièra avèr oydo lo que vuestra merced aqui hà dicho antes que me casara; que quicà dixèra yo aora: *El buey suelto bien se lame.* Tan mala es tu Teresa, Sancho, dixo Don Quixote? No es muy mala, respondiò Sancho; pero no es muy buena, alomènos no es tan buena como yo quisièra. Mal hazes, Sancho, dixo Don Quixote, en dezir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos devèmos nada, respondiò Sancho, que tambien ella dize mal de mi quando se le antoja, especialmente quando està zelosa; que entonces sufrala el mesmo fatanas.

FINALMENTE tres dias estuvièron con los novios, donde fuèron regalados, y servidos como cuerpos de Rey.

Pidiò

Pidiò Don Quixote al diestro licenciado, le dièsse una guìa, que le encaminàsse à la cueva de Montefinos; porque tenìa gran desèo de entràr en ella, y vèr à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas, que della se dezian por todos aquellos contornos. El licenciado le dixo, que le darìa à un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las Lagunas de Ruydèra, famosas assi mismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole, que llevarìa con el gustoso entretenimiento, à causa que era moço que sabia hazer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya Albarda cubria un gayado Tapete, ó harpillera. Enfillò Sancho à Rozinante, y adereçò al Ruzio: Proveyò sus alforjas, à las quales acompañaron las del primo assi mismo bien proveydas; y encomendándose à Dios, y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derròta de la famosa cueva de Montefinos.

EN el camino preguntò Don Quixote al primo, de que genero y calidad eran sus exercicios, su profession, y estudios? A lo que el respondiò, que su profession era ser humanista; sus exercicios, y estudios componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho, y de no menos entretenimiento para la Republica: Que el uno se intitulava, *El de las Librèas*, donde pinta setecientas y tres Librèas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisiessen en tiempo de fièstas, y regozijos los Cavalleros cortesanos, sin andàrlas mendigando de



nadie, ni lambicàndo, (como dizen) el cervelo por facàrlas conformes à sus desèos, è intenciones; porque doy al Zeloso, al Desdeñado, al Olvidado, y al Ausente las que le conviènen, que les vendràn mas justas que pecadoras. Otro Libro tengo tambien, à quièn hè de llamar *Metamorfoseos*, è *Ovidio Español*, de invencion nueva, y rara, porque en èl, imitàndo à Ovidio à lo burlesco, pinto quièn fuè la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena; Quièn el caño de Vecinguerria de Cordova; Quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid; no olvidàndome de la del piojo, de la del caño dorado, y de la priora: Y esto con sus alegorias, metàforas, y translaciones de modo, que alègran, suspènden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo, *Suplemento à Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa que las cosas que se dexò de dezir Polidoro de gran sustancia, las averìguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidòsele à Virgilio de declaràrnos, quien fuè el primero que tuvo Catàrro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curàrse del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veynte y cinco Autores; porque vea vueffa Mercèd si hè trabajado bien, y si hà de sèr util el tal libro à todo el mundo.

SANCHO, que avia estàdo atento à la narracion del primo, le dixo: Dìgame, Señor, assi Dios le dè buena manderecha en la impressiion de sus libros: Sabriame dezir (que si sabrà, pues todo lo sabe) quièn fuè el primero que se rascò en la cabeza; que yo para mi tengo, que devìo de

de sèr nuestro padre Adan? Si ferìa, respondiò el primo, porque Adan, no ay duda, fino que tuvo cabeça, y cabellos; y fiendo esto assi, y fiendo el el primer Hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Assi lo creò yo, respondiò Sancho. Pero digame aora, quièn fuè el primer bolteador del mundo? En verdàd, Hermano, respondiò el primo, que no me sabrè determinàr por aora, hasta, que lo estudiè: Yo lo estudiarè en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfarè quando otra vez nos vèamos, que no hà de sèr esta la postrera. Pues mire, Señor, replicò Sancho, no tome trabajo en esto; que aora hè caydo en la cuenta de lo que le hè preguntado. Sepa que el primer bolteador del mundo fuè Luzifer, quando le echàron, ó arrojàron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo, y Don Quixote añadió: Esta pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho: A alguno las has oydo dezir. Calle Señor, replicò Sancho, que à buena fè, que si me doy à preguntàr, y responder, que no acabe de aquí à mañana. Si, que para preguntàr necedades, y responder disparates, no hè menester yo andàr buscàndo ayuda de vezinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote; que ày algunos que se cansan en saber, y averiguàr cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni à la memoria.

EN estas, y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y à la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde allí à la cueva de Montefinos no avia mas de dos leguas, y que si



llevàva determinàdo de entràr en ella, era menestèr proveèr-  
 fe de fogas para atàrse, y descolgàrse en su profundidàd.  
 Don Quixote dixo, que aunque llegàsse al abyfimo, avia  
 de vèr donde paràva; y assi compràron casi cien braças de  
 foga, y otro dia à las dos de la tarde llegàron à la cuèva,  
 cuya boca es espaciòsa y ancha, pero llena de cambronèras,  
 y cabrahigos, de zarças, y malezas tan espesas, y intricà-  
 das, que de todo en todo la ciegan, y encùbren. En vièn-  
 dola, se apeàron el primo, Sancho, y Don Quixote, al  
 qual los dos le atàron luego fortissimamènte con las fogas,  
 y en tanto que le faxàvan, y ceñian, le dixo Sancho: Mire  
 vuefà mercèd, Señor mio, lo que haze; no se quièra se-  
 pultàr en vida, ni se ponga adonde parezca frasco, que  
 le ponen à enfriàr en algun poço. Si, que à vuefà mer-  
 cèd no le toca, ni atañe sèr el escudriñador desta, que de-  
 ve de sèr peor que mazmorra. Ata, y calla, respondiò  
 Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho ami-  
 go, para mi estàva guardada. Y entonces dixo la guìa:  
 Suplico à vuefà mercèd, Señor Don Quixote, que mire  
 bien, y especule con cien ojos lo que ay allà dentro; quiçà  
 avrà cosas, que las ponga yo en el libro de mis transfor-  
 macionès. En manos està el pandero, que le sabrà bien  
 tañer, respondiò Sancho Pança. Dicho esto, y acabàda la  
 ligadura de Don Quixote (que no fuè sobre el arnès, sino  
 sobre el Jubòn de armar) dixo Don Quixote: inadvertidos  
 hèmòs andado en no avèrnos proveydo de algun esquilon  
 pequeño, que fuera atado junto à mi, en esta mesma foga,  
 con cuyo sonido se entendièra, que toda via baxava, y es-  
 tàva vivo: Però pues ya no es possible, à la mano de Dios  
 que



Ju. Vanderbank inv. et Delin.  
Vol. 3. p. 204.

Ger. Vanderlucht sculp.



LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



que me guie; y luego se hincò de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios, le ayudàsse, y le dièsse buen suceſſo en aquella, al parecer, peligrosà, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: ô Señora de mis acciones, y movimiètos, clarissima y fin par Dulcinèa del Tobòſo! Si es possible que lleguen à tus oydos las plegàrias, y rogaciònes deste tu venturòſo amante, por tu inaudita belleza te ruègo, las escùches; que no son otras, que rogarte, no me niegues tu favor, y amparo aora, que tanto le hè menestèr. Yo vòy à despeñarme, à empoçarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tu me favoreces, no avrà impossible que yo no acometa, y acàbe: Y en diciendo esto, se acercò à la cima, y viò, no sèr possible descolgarse, ni hazer lugar à la entrada, fino era à fuerça de braços, ó à cuchilladas; y assi poniendo mano à la espada, començò à derribar, y à cortar de aquellas malèzas, que à la boca de la cuèva estàvan; por cuyo ruydo y estruendo salieron por ella una infinidàd de grandissimos cuervos, y Grajos tan espesos, y con tanta prièſſa, que dièron con Don Quixote en el suelo; y si el fuera tan agorero como Catolico Christiano, lo tuvièra à mala seña, y escusàra de encerrarse en lugar semejante. Finalmènte se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fuèron murcièlagos (que assi mismo entre los cuervos salieron) dándole foga el Primo, y Sancho, el se dexò calàr al fondo de la caverna espantòſa; y al entrar, echándole Sancho su bendicion, y haziendo sobre el mil cruces, dixo: Dios te guie, y la peña de Francia, junto

to



to con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espùma de los Cavallèros andantes. Allà vas, valenton del mundo, coraçon de azèro, braços de bronze, Dios de guè otra vez, y te buelva libre, sano, y sin cautela à la luz desta vida, que dexas por enterràrte en esta escuridàd que buscas. Casi las mismas plegàrias, y deprecaciònes hizo el primo. Iva Don Quixote dando voces, que le dièssen foga, y mas foga, y ellos se la dàvan poco à poco; y quando las voces, que acanaladas por la cuèva salian, dexàron de oyrse, ya ellos tenian descolgàdas las cien braças de foga, y fuèron de parecer de bolvèr à subir à Don Quixote, pues no le podian dar mas cuèrda. Con todo effo se detuvièron como media hora, al cabo del qual espacio bolvièron à recoger la foga con mucha facilidad, y sin peso alguno (Señal que les hizo imaginàr, que Don Quixote se quedava dentro) y creyèndolo assi Sancho, lloràva amargamènte, y tiràva con mucha prièssa por defengañàrse; pero llegàndo, à su parecer, à poco mas de las ochenta braças, fintièron peso, de que en estremo se alegràron. Finalmènte à las diez vièron distintamènte à Don Quixote, à quien diò voces Sancho, dizièndole: Sea vueffa mercèd muy bien buelto, Señor mio, que ya pensàvamos, que se quedava allà para casta, pero no respondia palabra Don Quixote; y facàndole del todo, vièron que traìa cerràdos los ojos con muestras de estàr dormido. Tendièronle en el suelo, y desliàronle, y con todo esto no despertàva: Pero tanto le bolvièron, y rebolvièron, facudièron, y meneàron, que al cabo de un buen espacio bolviò en sù, desperezàndose, bien como si de algun grave, y profundo sueño despertàra; y miràndo à una,

y

y otra parte como espantado, dixo: Dios os lo perdòne, amigos, que me avèys quitado de la mas fabròsa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto aora acabo de conocer, que todos los contentos desta vida passan como sombra, y sueño, ó se marchitan como la flor del campo; ó desdichado Montefinos! ó mal ferido Durandarte! ó fin ventura Belerma! ó lloroso Guadiana, y vosotras fin dicha hijas de Ruydera, que mostrays en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Escuchavan el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las dezìa, como si con dolor inmènso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les dièsse à entender lo que dezìa, y les dixèsse lo que en aquel Infierno avìa visto. Infierno le llamais? dixo Don Quixote: Pues no le llaméis assi, porque no lo merèce, como luego verèis. Pidiò que le dièssen algo de comer, que traìa grandissima hambre. Tendièron la harpillera del primo sobre la verde yerva, acudièron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compaõia, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la harpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estàdme, hijos, todos atentos.

C A P I -

